

**METODOLOGÍA
DE GÉNERO
EN LOS ESTUDIOS
DE HOMBRES**

Daniel Cazés

Para iniciar] En el Museo del Hombre de París, el recorrido introductorio es un viaje por la evolución humana como la conciben la biología humana y las ciencias de la cultura en la actualidad. El proceso se inicia con los *australopitecus afarensis*, prehumanos de los que la más conocida es Lucy, sigue con *Homo erectus*, *Homo habilis*, *Homo neanderthalensis*, varios otros *Homo sapiens* antiguos y concluye con los modernos. Magníficas escenografías que presentan lo principal de cada faceta, se admiran al caminar por el pasillo del que las separa un barandal-vitrina; éste contiene las más diversas piezas arqueológicas creadas por los primeros seres humanos y casi permite tocarlas a través de las cubiertas transparentes. Varios televisores distribuidos a lo largo del itinerario emiten del otro lado de la sala videos animados que dan idea de los colores y los movimientos posibles en aquellas edades lejanas.

Las maquetas presentan los paisajes cambiantes, con glaciaciones e interglaciares, donde los primeros humanos se expandieron por el mundo alejándose de su originario sureste de África. En tales escenarios se muestran momentos de cacería, recolección y vida cavernaria con figuras humanas reconstruidas a partir de fósiles; los enmarcan, desde el pasamanos, instrumentos que caracterizan a las edades de la piedra, la más antigua, la media y la neolítica con su revolución agrícola, el paso de la vida nómada a la sedentaria, el nacimiento de la propiedad, la especialización y las guerras de pillaje y expansión.

Las evidencias más antiguas del neolítico se fechan hace unos doce mil años. Es probable que fuera entonces, siglos antes o

después, cuando las diferencias sexuales humanas comenzaron a convertirse en fundamento de desigualdades que justificaron dominios y privilegios, y cuando la naciente organización social requirió la construcción del género para iniciar la edificación del patriarcado y sus jerarquías. Esto último no es una interpretación corriente entre los antropólogos, y de ella nada se dice en el museo.

Hace un año, en el mismo edificio se ofrecía simultáneamente una exposición temporal sobre la población en el mundo. Comenzaba con una descripción histórica y terminaba con una proyección hacia el futuro en relación con varios temas demográficos, urbanísticos y de utilización del medio ambiente, lo que, ilustrado con abundantes estadísticas, servía para atraer la atención sobre este último tema, aparentemente el principal de la muestra. Con recursos electrónicos, en ella se podía acceder a la más amplia información sobre la multiplicación de los seres humanos, su distribución en el planeta, las características de su vida en diferentes regiones, sus expectativas de supervivencia y longevidad, las enfermedades más peligrosas en la actualidad, las posibilidades de contracepción y los cambios registrados en las características de las poblaciones en el último siglo.

Al inicio del recorrido, cada visitante registraba sus datos en una tarjeta para someterla a lectura óptica en cada sala. Ahí, tras responder a algunas preguntas sobre temas específicos, una pantalla mostraba el perfil de la persona interrogada y le señalaban elementos tales como el número de hijos que aún podía tener (según

su sexo, su edad, su país de residencia, etc.), lo que le quedaba de vida y otras previsiones por el estilo.

Las dos exposiciones presentaban algunas diferencias que definían lo que les era común. Ya en el nombre del museo está la primera pista: cualquier universitario de alto nivel asegurará que la vocación de la institución es la humanidad, y que la palabra francesa *homme* se refiere por igual a hombres y mujeres. Esto, dirán, es evidente en la muestra permanente, donde se habla, con el término francés o con el latino *homo*, de los fósiles mencionados. Nadie se asombrará de que en ninguno de los dioramas aparezca la reconstrucción de ningún ser de sexo femenino, ni siquiera entre los australopitecos prehumanos, cuyo fósil más completo, hallado hace dos décadas, fue restaurado por especialistas en paleoantropología como el de una hembra. Es cierto que algunas mujeres pueden verse a lo lejos, en la penumbra de los segundos y terceros planos de las representaciones, sobre todo en las cuevas, cerca de fogones y rodeadas de niños. Pero el prototipo museográfico de cada etapa de la evolución humana es, sin dejar lugar a dudas, un hombre. Al menos es ésta la interpretación emblemática difundida por este centro académico que goza, por muchos conceptos, de un merecido prestigio universal.

En la exposición temporal, los personajes principales en todo el recorrido eran las mujeres. En ella se hablaba del planeta del hombre, de su número y de algunas de sus características actuales, una de las cuales, según se destacaba, es *que más de la mitad de los hombres son mujeres*. Aunque no se mencionaba de manera di-

recta, lo que generalmente se conoce como salud reproductiva era su perspectiva fundamental. Contenía una amplia y clara explicación del funcionamiento de los cuerpos humanos en la reproducción. Pero, no obstante que abundaba en información sobre la intervención de los hombres en la fecundación, en la prevención del *SIDA* y las llamadas enfermedades de transmisión sexual, el conjunto de aquel trabajo museográfico tenía como principales protagonistas y destinatarias a las mujeres. Ellas aparecían como las sujetas y responsables únicas o al menos fundamentales de procesos sociales actuales cuyo conocimiento no está suficientemente expandido, y en los que es posible proporcionarles recursos que les permitan enfrentarlos mejor. Nada sugería ni los antecedentes de esos procesos ni la desigualdad de las condiciones en que los viven mujeres y hombres.

No era sólo el nombre del museo lo que compartían esos dos recorridos tan diferentes: lo era también el hecho de que en ninguno de los dos espacios se concibió como necesario incluir ninguna crítica de la cultura y de los enfoques científicos que sustentan presentaciones como las descritas. En otras palabras, de la antropología, de los estudios de población y de sociología de la reproducción que ofrece el Museo del Hombre, está ausente la perspectiva de género. Lo que al finalizar este siglo y en un lugar como ése puede parecer muy grave, y sin duda lo es aunque sólo se trate de una manifestación más, pero de muy elevado nivel, de las concepciones dominantes aún en nuestra época de cambios y, sobre todo, de invención de alternativas conceptuales y políticas.

La interpretación científica predominante de los orígenes de la cultura y de la civilización excluye virtualmente a las mujeres, y algunas de las ramas más desarrolladas de las ciencias sociales las despliega como sujetas de la reproducción y, por ello, como protagonistas principales de toda demografía.

Estas elaboraciones complejas del conocimiento son difundidas y reinterpretadas en los diversos niveles culturales de percepción de las relaciones sociales, y se instalan como información incuestionable y orientación erudita para las filosofías de la cotidianidad.

“ **Estudios de hombres”** y **teoría de género**] En ambas perspectivas, la docta y la de las rutinas de cada día, se ubican los que desde hace una década se han dado en llamar estudios de hombres, de masculinidad o de masculinidades. Es pertinente subrayar que estos estudios no comenzaron hace tan poco tiempo, pues los trabajos de incontables investigadores del pasado¹ se ocupan de los hombres, de la hombría, de la virilidad y de la masculinidad, y gran parte de las obras de las feministas, al menos desde 1949 —cuando apareció *El segundo sexo*—, se refieren a esos temas que para las búsquedas libertarias de las mujeres son imprescindibles. Lo que se ha iniciado más o menos recientemente es la intervención de algunos hombres, por lo general ligados a intelectuales y activistas del

¹ En la segunda mitad de la década de 1860, John Stuart Mill publicó varios ensayos en los que expresó su preocupación sobre la problemática de la relación entre hombres y mujeres. En *La igualdad de los sexos* (Guadarrama, Madrid, 1973), se incluye su trabajo “ La discriminación de la mujer” (pp. 82-215) en cuyas primeras líneas dice que “ ...el principio regulador de las actuales relaciones sociales entre los dos sexos —la subordinación legal del uno al otro— es intrínsecamente erróneo y ahora constituye uno de los obstáculos más importantes para el progreso humano; y debería ser sustituido por un principio de perfecta igualdad que no admitiera poder ni privilegio ni incapacidad para otros” . Este volumen reúne otro escrito suyo

sobre el divorcio que mencionaré más adelante, y dos textos paralelos de su esposa Harriet Taylor Mill, uno también sobre el divorcio y otro sobre " La emancipación de la mujer" . Harriet no alcanzó la fama de John, y su nombre ni siquiera aparece en la *Encyclopaedia Britannica* que dedica a su marido más de dos páginas y media, pero los escritos de ella son tan agudos y brillantes como los de él, y en algunos puntos aún más. Estas líneas no sólo muestran que la genealogía de las reflexiones masculinas sobre el género tienen una historia cuando menos centenaria, sino también que ya desde entonces la preocupación masculina por la problemática del género provenía de una necesidad y de un requerimiento femeninos; también, desde luego, evocan una prolongada invisibilidad del trabajo, en este caso intelectual, de una mujer de gran talento opacada por la fama pública de su cónyuge, hombre avanzado en su tiempo, que apoyó los movimientos feministas de entonces.

feminismo, en la reflexión y la investigación sobre la condición masculina, área en que las aportaciones principales las debemos aún al trabajo de mujeres.

Por cierto, lo que esas mujeres han estado haciendo con especial intensidad durante las últimas cinco décadas, no son estudios de mujeres ni de feminidad ni de feminidades, sino creando teoría de género y aplicando metodología de género para conocer, comprender y transformar la condición y las situaciones de las mujeres, y elaborando nuevas interpretaciones históricas y filosóficas

con una perspectiva no patriarcal.

Los estudios de género, emprendidos en su gran mayoría por mujeres, han quedado asociados al conocimiento de la condición femenina y de las situaciones de las mujeres. Desde cierto punto de vista, podría parecer que ahora se hacen esfuerzos porque en ellos se incluyan las búsquedas sobre la condición masculina y las situaciones de vida de los hombres. Pero si examinamos los estudios fundamentales hechos durante el último medio siglo por las feministas, advertiremos que esas investigaciones, reflexiones y elaboraciones teóricas acerca de las problemáticas de vida de las mujeres se refieren, con ópticas provenientes de las experiencias vitales femeninas, a los hombres y, más que nada, a las relaciones jerarquizadas entre los hombres y las mujeres.

Lo que a mi juicio se plantea hoy como elemento importante para el desarrollo académico y político de los estudios de género, es la presencia creciente de hombres que buscamos comprender nuestra condición y nuestras situaciones de vida desde la óptica y la experiencia de quienes, como género, somos portadores de la opresión. Por lo general, somos académicos y activistas que actuamos con base en una crítica de la cultura proveniente del marxismo o de los movimientos de las décadas de los sesenta y los setenta, y que hemos comprendido la necesidad de apoyar los movimientos con que las mujeres han ido abriendo los espacios sociales, políticos, culturales, que les han sido vetados durante milenios. Y que hacemos esto con la convicción de que así estamos en el camino de transformaciones profundas en las relaciones entre los seres humanos, cuyo planteamiento original forma parte del feminismo, del que nos es imprescindible estar cerca para avanzar hacia la convergencia más adecuada, alejándonos de la opresión y de la enajenación.

Nuestras percepciones provienen de la reflexión razonada y también de la insatisfacción en vidas personales en las que la desigualdad, los desequilibrios y las más diversas expresiones de la opresión genérica se imponen a la satisfacción y los placeres de la convivencia y de la solidaridad. Ya no nos basta conocer las elaboraciones feministas que nos convencen, ni apoyar las reivindicaciones y las acciones que genera ese trabajo intelectual.

Ahora buscamos el entendimiento profundo de la condición masculina desde las perspectivas reales de nuestras vidas de hombres que deseamos participar en la construcción de la democracia

genérica, cotidiana, vital, iniciada por las feministas y a la que nosotros llegamos como sujetos activos con un poco de atraso.

El problema fundamental, a mi entender, consiste en desarrollar, desde esta perspectiva, la metodología de género en los estudios sobre la condición masculina, sobre hombres concretos en momentos

históricos concretos y en sociedades y culturas concretas.²

El enfoque de género, es decir, la aplicación y el enriquecimiento de la teoría de género, tiene como particularidad proporcionar los elementos para analizar lo que acontece a las mujeres y a los hombres de momentos históricos definidos, en sus relaciones genéricas precisas, y además conforma los marcos conceptuales en que se interpretan de manera compleja las sociedades y las culturas: su organización y su imaginaria, su ritualización, sus cosmovisiones, sus formas ideológicas y sus formas de dominio, de mansedumbre, de reproducción del orden político

genérico, de alejamiento de los cánones, de rebeldía y de construcción de alternativas. Y esto abarca desde las relaciones personales e íntimas, hasta las que se dan consuetudinaria y explícitamente en las estructuras de la sociedad civil y del Estado.

En realidad, los estudios sobre la condición de la mujer han abarcado estas grandes interrogantes; en la conjugación de sus aportes

² Uno de los objetivos fundamentales es la confluencia con los estudios de género y con las concepciones y los movimientos feministas. El Mill de hace más de 125 años vuelve a ser pertinente aquí porque su texto sobre el divorcio comienza así: " La mujer a quien he consagrado mi vida me pide que haga una exposición por escrito de mis opiniones sobre la materia que está más próxima a su corazón entre todas las relacionadas con las instituciones humanas... Ella no se ha negado a poner por escrito para mí cuanto ha pensado y sentido sobre el mismo tema, y ahí he de enterarme quizá de todo lo que ya he descubierto y, con toda seguridad, también de lo que no he sido capaz de descubrir. En la búsqueda de la verdad, como en todo lo demás, ' no es bueno que el hombre esté solo' . Y más que en ningún otro caso, en lo que se refiere a la relación entre el Hombre y la Mujer, la ley, que ha de ser observada por los dos, debe también estar hecha por ambos. No como hasta el presente, únicamente por el más fuerte" . Mill, *op. cit.*, pp. 13-33.

han diseñado las perspectivas de género y los enfoques de género, han desarrollado la teoría de género y, desde el principio, se han ocupado de las mujeres, de los hombres y, sobre todo, de las relaciones entre ambos.

Cuando ya contamos con un número importante de estudios sobre hombres, algunos de los cuales también se refieren a las estructuras sociales y culturales de nuestras relaciones con las mujeres, es conveniente reflexionar sobre las implicaciones de estos trabajos en los estudios de género, y debatir tanto en torno al *status* de los primeros entre los segundos, como acerca de las cuestiones teórico-metodológicas y políticas que aquéllos plantean a las disciplinas sociales.

Algunos principios metodológicos] Para contribuir a esta reflexión, me he planteado la necesidad de definir en primer lugar lo que significa realizar estudios de hombres o de masculinidades con enfoque de género, porque considero que es únicamente en este ámbito en el que considero importante definir prioridades para el desarrollo de programas académicos.

La primera aportación de la teoría de género y sin duda el primer cimiento de su desarrollo demuestra que en las relaciones entre los seres humanos nada es natural, nada está en los genes, el sexo es la referencia binaria a la anatomía sobre la que se construyen los géneros.³

³ Aunque el debate a este respecto aparentemente ha concluido para los estudios de género, es frecuente que incluso en algunos de ellos aún se expresen concepciones y convicciones que al menos en parte contradicen este principio metodológico que yo considero ineludible. Para abundar en la

reflexión al respecto, citaré dos obras publicadas por primera vez en la década de los ochenta: *No está en los genes*, cuyo subtítulo original es *Biología, ideología y naturaleza humana* (CNCA, México, 1991) data de 1984; su capítulo 6 (pp. 158-199), “El determinismo del patriarcado”, presenta una vasta bibliografía que se remonta hasta 1971. En *Nuestra especie*, de Marvin Harris (Alianza, Madrid, 1991) aparecido en 1989, destacan entre otros los capítulos “¿Esperma contra óvulo?” (pp. 245-249), “¿Son los hombres más agresivos que las mujeres?” (pp. 257-260) y “De niñas marimachos y niños que no tienen pene hasta los doce años” (pp. 261-263). Considero pertinente reproducir aquí los siguientes pasajes del libro de Godelier que citaré en la nota siguiente: “[A los ojos de los baruya] todos los aspectos de la dominación masculina, ya sean (para emplear nuestras categorías) de orden económico, político o simbólico, se explican por la sexualidad y el diferente lugar que ocupa cada sexo en la reproducción de la vida..., diligencia análoga en nuestra cultura entre quienes consideran naturales la subordinación y la opresión de las mujeres... [Aunque para los baruya] los hombres no están situados del lado de la cultura y las mujeres del de la naturaleza, sino más bien al contrario..., las diferentes funciones de los sexos en el proceso de reproducción de la vida, proporcionan permanentemente los materiales con los que se fabrican los mensajes, los discursos que interpretan y justifican todas las desigualdades entre hombres y mujeres. Parece como si la sexualidad estuviese constantemente llamada a ocupar todos los lugares de la sociedad, a servir de lenguaje para expresarse, de razón para legitimar las realidades cuyos fundamentos no revelan su naturaleza” (pp. 9-10).

El siguiente principio metodológico que nos permite diseñar proyectos de estudios de género sobre los hombres, está contenido en los siguientes enunciados de Maurice Godelier al inicio de lo que me parece ser el primer clásico contemporáneo de estas búsquedas:

Este libro trata acerca del poder, y ante todo del poder que un sexo ejerce sobre el otro... Hasta 1960, los baruya se gobernaban sin clase dirigente y sin Estado, lo que no quiere decir sin desigualdades. Una parte de la sociedad, los hombres, dirigía a la otra, las mujeres, y gobernaba no sin las mujeres, sino contra ellas. Así, el caso de [esta] sociedad sin clases se añade a todos los casos que testimonian claramente que la desigualdad entre los sexos, la subordinación, la opresión e incluso la opresión de las mujeres son realidades sociales que no nacieron con la emergencia de las clases sociales, sino que son anteriores a ellas y poseen otra naturaleza... Sin embargo, [su] organización social no se reduce a

la institucionalización de la igualdad entre todos los hombres haciendo frente a las mujeres. Los mismos mecanismos que instituyen esta igualdad... [sirven para] producir hom-

bres que se distingan de los demás y se eleven por encima de ellos... Se combinan dos desigualdades para poner orden en la vida social de los baruya: las desigualdades entre hombres y mujeres, y las desigualdades de los hombres entre ellos. Y quien dice desigualdades dice poderes y privilegios para algunos...⁴

Tal y como lo reconocía ya Mill en los pasajes citados, y como lo deja bien claro Godelier en el texto anterior, es metodológicamente necesario tener presente que todo estudio de género es un estudio de ejercicio del dominio de género; que este dominio, aun cuando se presente con características peculiares en las diferentes relaciones clasistas, es anterior a ellas y las envuelve por completo; que abarca no sólo la jerarquización entre los géneros, sino entre quienes ejercen en complicidad ese dominio; el dominio que unos hombres ejercen sobre otros debe ser identificado y comprendido diferencialmente de las complicidades entre hombres desiguales, que poseen estructuras de acción conjunta incluso desde la desigualdad. Aquí el principio metodológico se halla en los espacios y las formas de la opresión de género, de la desigualdad y de los pactos entre los hombres.

La categoría opresión, fundamental para la teoría de género, “ se define por un conjunto articulado de características enmarcadas en

⁴ Maurice Godelier *La formación de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea* (versión original francesa publicada en 1982), Akal Universitaria, Madrid, 1986. Hay que señalar que el autor vivió entre los baruya desde 1967 y que sus estudios anteriores sobre las sociedades de esa región de Oceanía siguieron una metodología de clase; en su nueva perspectiva, etnia, clase, colonialismo, lengua, religión y otras dimensiones de la realidad cultural y de la organización social se conjugan en el eje de la metodología de género. Así, en la página 11 se lee: “ Si he decidido escribir este primer libro sobre las relaciones hombres/mujeres y el dominio masculino, más que sobre las relaciones de parentesco o de propiedad de la tierra, es porque en mi opinión es ahí donde reside la mayor contradicción... [Y] también porque en nuestra propia sociedad no es posible ignorar los hechos del dominio masculino ni quedar indiferente ante las luchas de aquéllas y aquéllos que quieren ponerle fin...”

la situación de subordinación, dependencia vital y discriminación” de los oprimidos “ en sus relaciones con los opresores, en el conjunto de la sociedad y en el estado. La opresión de las mujeres se sintetiza en su inferiorización frente al hombre constituido en paradigma social y cultural de la humanidad” ⁵

⁵ Marcela Lagarde. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, México, 1990, p. 97. El capítulo III de esta obra, “ Las opresiones patriarcales y clasistas” se refiere a esta categoría, de la que ofrece una filología histórica y un análisis detenido. Citando fuentes de 1844 y 1867, señala la autora que “ ... a pesar de no haber desarrollado una teoría de la opresión de la mujer, Marx contribuyó a ella con... [la] concepción de que la opresión de la mujer debía desaparecer como condición previa y como parte del proceso conducente a la consecución de la humanidad, es decir, a la superación dialéctica de la enajenación entre hombres y mujeres” (p. 96). Antes, nos remite al Engels de 1884 y sus tesis sobre el origen y el desarrollo del patriarcado, retomadas por Babel en 1891 y que Alejandra Kollontai criticó y transformó durante la tercera década del siglo XX para mostrar que la opresión patriarcal es anterior al surgimiento de la propiedad, y que se expresa diferencialmente en las clases sociales constituidas posteriormente.

⁶ Celia Amorós, en su trabajo “ Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales” en Virginia Maquieira y Cristina Sánchez (comps.), *Violencia y sociedad patriarcal*, Pablo Iglesias, Madrid, 1990, pp. 39-53, anota: “ la virilidad no existe sino en tanto que *idea-fantasma* regulador del comportamiento de los varones, en la medida en que crea vínculos entre ellos el recurrente y sistemático desplazamiento del ideal de la virilidad a ‘ otro punto’ y a ‘ otra parte’ del conjunto de los varones así constituido. Dicho de otro modo: la autoper-

Otra categoría igualmente importante para cualquier estudio de hombres o de masculinidad con perspectiva de género es la de los pactos patriarcales fundados en la virilidad y fundadores de la violencia de género.⁶

Como también comenzaba a descubrirlo Mill y no deja de señalarlo Godelier, los estudios de hombres o masculinidades con enfoque de género están ligados a los estudios feministas y en gran medida inspirados por sus visiones críticas y por las propuestas y acciones de las mujeres que los elaboraron. Es metodológicamente necesario, también, ubicar estos estudios de hombres en su estrecha relación de origen y en su vinculación con el feminismo contemporáneo, y recurrir constantemente a sus aportaciones. De otra manera, puede ser casi imposible contribuir desde nuestra óptica masculina y de manera crítica a la integración más amplia del campo, al desarrollo más profundo

de la teoría y a la convergencia más estimulante y productiva con las mujeres para la imaginación y construcción solidaria de alternativas libertarias. El *status* de los estudios de hombres entre los de género no sólo quedará definido porque ahora la condición masculina y las situaciones de vida de los hombres se integran con mayor intensidad al campo, sino también porque a él se integran las visiones de hombres, y sobre todo porque éstos aplican y desarrollan la teoría y la metodología de género. Finalmente, para una evaluación plenamente adecuada de ese *status*, será preciso analizar la medida en que la contribución de los estudios de hombres y la aplicación de la teoría y la metodología de género por parte de los hombres va siendo pertinente ante la urgencia de deconstruir concepciones y actitudes masculinas patriarcales, tanto en la vida pública como en la intimidad de la privada, que prevalecen como si fueran naturales e incuestionables, incluso en quienes hemos emprendido búsquedas críticas, alternativas igualitarias y encuentros alternativos.

Tomaré lo anterior como el último principio metodológico al que me referiré ahora: los estudios de género comparten tanto visiones críticas de la sociedad y de la cultura de quienes los han realizado, como convicciones de que las realidades analizadas no son inmutables. Consecuentemente, cobran su sentido más completo cuando generan propuestas de acción pública que son formuladas desde las

cepción por parte de los varones de su virilidad... se agota en la *tensión referencial* hacia otros varones... [y] produce la virilidad como imagen alterada y alienada de cada cual en y a través de los otros... En realidad, los varones son varones porque se lo creen sin que ninguno *sepa* en realidad en qué consiste esa virilidad salvo en la *exigencia* misma de todos ellos de valorarla, de sentirse obligados a valorarla como un aspecto más de la participación en los atributos del tipo..." (p. 41). En este mismo texto, la autora se extiende sobre los pactos juramentados y las figuras misóginas de las mujeres.

organizaciones ciudadanas. La rica experiencia acumulada por los movimientos y los grupos de mujeres en todo el mundo, muestra los elementos básicos y las tácticas de procesos políticos nuevos y renovadores, así como sus alcances concretos.

Se trata de procesos en los que intervienen sujetos sociales en condiciones de opresión o al menos sin o con poco capital político, para crear, acumular y ejercer poderes específicos nuevos no destinados al dominio ni concebidos como panacea inmediata para todos los ma-

⁷ El empoderamiento no es un agregado cuantitativo a las facultades o habilidades de las personas ni de los grupos, sino un proceso complejo, generalmente parcial y siempre muy prolongado, en el que los sujetos oprimidos transforman sus concepciones, sus modos de ser, sus identidades y sus formas de vida, y se transforman a sí mismos en individuos liberados o en vías de liberarse de la opresión. Sobre este tema ha escrito en castellano Marcela Lagarde (*Democracia genérica*, Red Latinoamericana de Educación Popular entre Mujeres, México, 1994), y hay una bibliografía considerable que se remonta cuando menos a fines de la década de los setenta. Cito sólo otros cuatro libros de más de dos centenares de títulos que he recopilado: Peter L. Berger y Richard John Neuhaus. *To Empower People. The Role of Mediating Structures in Public Policy*, Institute for Public Policy Research, Washington, 1979; Valentine M. Moghadam. *Gender, Development and Policy: Toward Equity and Empowerment*, United Nations University, 1990; Peter Bachrach y Arye Botwinick. *Power and Empowerment. A Radical Theory of Participatory Democracy*, Temple University Press, Filadelfia, 1992; y Gita Sen, Adrienne Germain y Lincoln C. Chen (coords.) *Population Policies Reconsidered. Health, Empowerment, and Rights*, Harvard University Press, Boston, 1994.

les, sino como instrumento y fuerza de negociación y de construcción de espacios concretos para el ejercicio de derechos que no se han formulado o, aunque estén enunciados jurídicamente, parecen destinados a toparse con más obstáculos que facilidades.

Es lo que en inglés se designa con el término *empowerment* y que en nuestra lengua se ha traducido con el neologismo *empoderamiento*.⁷

Estoy convencido de que en los estudios de género el criterio del empoderamiento es imperativo, pues la teoría y la metodología de género son teoría y metodología de ciencias sociales aplicadas al sustento de los procesos abarcados en esa categoría y al apoyo de los oprimidos que construyen alternativas no opresivas.

Estas consideraciones, como otras en que me detengo más adelante, conducen a la interrogante fundamental sin cuya respuesta carecen de sentido todas las reflexiones sobre hombres, masculinidad y masculinidades hechas por hombres: ¿a cuáles privilegios que nos otorga la opresión patriarcal estamos dispuestos a renunciar?, ¿desde cuándo y cómo?

Sobre las prioridades] Para concluir con el tema de las prioridades en los estudios de hombres con perspectiva de género y por ello como parte del universo del feminismo, me parece preciso hacer las siguientes primeras consideraciones:

Los estudios de hombres, hechos por hombres o por mujeres, para considerarse prioritarios han de referirse a aspectos y fenómenos del patriarcado que afectan por igual a hombres y mujeres, y no tener como objeto filosófico a los hombres sino a esos fenómenos. Por ejemplo, interesa estudiar la prostitución en las estructuras mentales, de poder y de opresión tal como se expresan en los hombres; si por ello se describen y analizan las formas en que los hombres practican la prostitución o apoyan o critican las propuestas oficiales respecto de los burdeles y de las llamadas zonas de tolerancia con protección policiaca y sanitaria, será porque así se ilustra lo que es pertinente para comprender a la prostitución como espacio de la opresión genérica que cierra el camino hacia la democracia genérica.

Estos estudios prioritarios han de tratar menos sobre otros hombres y más sobre los hombres que los emprendemos, abarcar tanto

la vida privada como la pública y a las instituciones. Algunas sugerencias:

La estructura patriarcal de las relaciones académicas en las universidades, las formas concretas de ejercicio masculino del dominio en ellas, los espacios permitidos para las mujeres, los que ellas se han ido abriendo y la colaboración que reciben de los hombres o las barreras que en forma de competencia les oponen. Machismo, misoginia y otros tipos de opresión en los partidos políticos en que militamos o en las organizaciones civiles en que desarrollamos nuestra actividad ciudadana. Jerarquías organizativas y verticalidad reales frente al discurso de la horizontalidad, distribución de tareas, ejercicio de influencias, preferencias de la representación, control de las propiedades y el financiamiento, toma de decisiones, etc. Las instancias fundamentales del patriarcado, con predominio absoluto o casi absoluto de hombres: el gobierno, el ejército, la policía, la Iglesia. Poder y dominio en la pareja, en la formación de la pareja, en la cotidianidad de la pareja, en la heterosexualidad, la homosexualidad y la bisexualidad, el celibato, las monogamias sucesivas o simultáneas... Dominio en las relaciones sexuales. Colaboración y asunción igualitaria de responsabilidades, los discursos de la igualdad y las realidades cotidianas. Persistencia y reforzamiento de las orientaciones patriarcales en la definición y el financiamiento de proyectos de investigación y de acción y en la definición y aplicación de políticas públicas. Los hombres que debimos ser y los hombres que somos. Opresión y violencia en la imaginaria sexual. Competencia y antropofagia en las relaciones formales e informales

entre los hombres. El aprendizaje de las masculinidades dominantes, el dominio y la violencia a través de los medios. Expresión de concepciones y valores patriarcales según estratos sociales y regiones. Patriarcado y patriarcalismo en los símbolos y los rituales republicanos y patrióticos, y en los del *status* privado y público del buen ciudadano consumidor. El deporte, práctica y espectáculo, como pedagogía del patriarcado. Dimensiones jurídicas del dominio de género y sus perspectivas de transformación...

Los estudios de género son estudios de cultura. Por ello, deben priorizarse aquéllos que recurran a las metodologías de la antropología y a las que se acercan a ellas desde la psicología, la sociología y las otras disciplinas humanísticas. Los estudios de opinión tienen sentido como expresión de concepciones y justificaciones, y no como indicadores directos de masculinidades o feminidades concretas.

La cuantificación tiene sentido como medición de fenómenos, cuando se mide con escalas en cuya elaboración se han aplicado la teoría y la metodología de género. En mi opinión, para todo estudio estadístico debería recurrirse a los índices elaborados por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, aplicados desde 1994 para veinte países y desde 1995, con motivo de Pekín, a doscientos, que son los únicos ampliamente conocidos con estas características y en profundización permanente. No son índices sobre la situación de las mujeres, sino auténticos indicadores de la distancia que existe entre la situación de los hombres y la de las mujeres, y por lo tanto permiten visualizar cada vez con mayor claridad las características de cada condición de género. Otros invaluable trabajos rea-

lizados en México y en otros países, cobran mayor sentido y utilidad en la comprensión de las situaciones locales de género cuando se examinan y se complementan con los *Informes de Desarrollo Humano* que el programa mencionado dio a conocer en 1994 (sobre 1993), 1995 (sobre 1994) y 1996 (sobre 1995).

Señalaré finalmente otro criterio básico en la priorización que nos ocupa: los estudios de hombres, de masculinidad o de masculinidades no deben limitar, sustituir o eliminar a los estudios y demás esfuerzos desplegados por las organizaciones feministas o por las instancias que contribuyen a transformar la condición y la situación de las mujeres. Durante varios años se estimularon ampliamente los estudios de mujeres (no por fuerza feministas ni con enfoque de género) y otros proyectos afines. Recientemente se consideró que en los proyectos considerados de género deberían incorporarse las situaciones de la vida de los hombres (como si antes hubieran estado ausentes). Con ello, los espacios y los financiamientos destinados a los grupos de mujeres y a los proyectos concernientes a ellas comenzaron a reducirse, y el apoyo comenzó a desplazarse en favor de lo concerniente a los hombres. Esta situación, que crea problemas graves a los grupos de mujeres y en particular a los feministas, es ya digna de un estudio que la ubique como posible renacimiento o refortalecimiento de ciertas formas de dominio masculino para cuya eliminación no bastaron las acciones afirmativas de muchas mujeres durante muchos años, ni fue suficiente el empoderamiento creado por ellas. Así pues, en la priorización de los llamados estudios de hombres o de masculinidad o de masculinidades realizados

por hombres o por mujeres, y también en los estudios sobre mujeres en cuyo diseño o en cuya dirección intervienen hombres, y en su evaluación, es preciso tomar rigurosamente en cuenta la medida en que afectarán a los grupos de mujeres y al desarrollo de sus proyectos, sean éstos académicos o de otro tipo. La fraternidad, los pactos entre hombres comprometidos con la teoría de género, no debiera ser un freno para la sororidad de las mujeres con las que es preciso construir una auténtica solidaridad intergenérica.

Para concluir] ¿Podría afirmarse que no es la sexualidad [el género] la que proyecta su sombra en la sociedad, sino la sociedad la que proyecta su sombra en la sexualidad? Quizá no sea básicamente —y esta prioridad es de tipo racional, estructural—, la sexualidad la que aliena a los individuos, sino la sexualidad la que está alienada, es decir, la que se haya vuelto inmediatamente extraña y extranjera con respecto a sí misma, desde el momento en el que se ve obligada a mantener discursos sobre el cuerpo y con la ayuda del cuerpo, que no provienen de sí misma y que sirven como formas de alienación, de opresión social, cuya fuente no es ella misma. Pero por el hecho de que este discurso sea un discurso sobre el cuerpo, empuja y encierra en la sexualidad todas las demás razones de la existencia de estas formas de opresión y de explotación. Pero al encerrarlas en el cuerpo las metamorfosea y las oculta, y es en ese sentido en el que la sexualidad no solamente resulta alienada, sino que también se convierte en “ alienante” .

Para entender lo que quiere decir la sexualidad, para explicar por qué ocupa siempre muchos lugares a la vez en el cuerpo de las relaciones sociales, quizá sea preciso apartarse de un determinado psicoanálisis que no se preocupa de buscar, en las desgracias del deseo y en el espesor de los fantasmas, subordinaciones que ya no son de persona a persona o de un sexo [género] al otro, sea cual sea ese sexo, sino del sexo a los órdenes sociales que hallan más allá de él la mayor parte de sus razones de ser... —

Quizá algún lector piense que todo esto apenas tiene sentido para él... Yo le sugeriría que mirase a su alrededor y que observase el lugar que realmente ocupan los hombres y las mujeres en los diferentes contextos de nuestra vida social, así como en las imágenes, las ideas y los deseos que representan a unos y a otros y a los unos en los otros. Entonces, si al final de su recorrido todavía puede retirarse satisfecho de ser civilizado, creo que sería preciso volver a decirle lo que hace poco he oído a propósito de otro racismo: “ Si los baruya son salvajes, entonces todos somos baruya” . Que cese, pues, de hacer como los hombres baruya, que se destacan engrandeciéndose en lo imaginario.⁸

⁸ Godelier,
op. cit., pp. 276-278.